

# EL CANDIL



”No se ve ni pa’ jurar”

Esta expresión se escuchaba frecuentemente en Josa.

Escribo recordando mi niñez, nací el año 1920 cuando no había luz eléctrica en el pueblo.

En mi casa, aparte de candiles de aceite, teníamos candiles de carburo que ya era tener. En esas fechas era siempre el candil la luz dominante, alta o baja, fija o ambulante, de cuarto o de cuadra. Y había una técnica y casi una ciencia del candil: para prepararlo, para llevarlo, para dirigir a un punto su luz

como si fuese dardo de reducción o de oxidación por vía seca en análisis químicos, para que no se apagase aunque se llevara por la calle haciendo viento fuerte. “La Torcida” la mecha de algodón toscamente hilado.

El candil era cura de urgencia, cirugía menor y remedio al canto para heridas, quemaduras, golpes, uñeros, granos y medicina casera. Lo negro, lo ahumado del candil mezclado con su propio aceite era farmacia pura y terapéutica consagrada, a lo moro, en árabe “candil” ¡cómo no había de haber candiles en la casa!

Los candiles de mi pueblo darían material para un pequeño museo, para una breve historia, para un libro. Si alguna vez tuviésemos humor, estímulos para escribirlo y hundirnos en agua pasada. Al candil se le podría considerar como un puente entre aquella soledad del hombre primitivo escondido en sus guaridas, huyendo de las fieras y la primera célula de vivir en tribu, en familia nómada que ya conociesen el milagro del fuego y la bendición de la luz.

La riqueza, la importancia, el rango y grandor de la casa se medían antes por los pares de mulas que tenían y por el número y calidad de candiles que había andantes por la casa. Yo todavía guardo dos candiles de hierro forjado que tengo colgados en mi patio y que no me atrevo a arrinconar.

Sería curioso conocer lo que podrían contar muchos candiles, todo lo que oyeron en las veladas invernales.

Martin Nebra.